

Enrique González González, *Una república de lectores. Difusión y recepción de la obra de Juan Luis Vives*, en colaboración con Víctor Gutiérrez Rodríguez, México, Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación-Editorial Plaza y Janés, 2007, 519 p.

El libro titulado *Una república de lectores. Difusión y recepción de la obra de Juan Luis Vives* de Enrique González, realizado en colaboración con Víctor Gutiérrez Rodríguez, salido recientemente de las prensas universitarias, a través del Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, junto con la editorial Plaza y Janés, es una obra muy erudita que resulta de una intensa brega intelectual realizada durante muchos años y que corona varias décadas de estudio.

José Saramago expresa que la voluntad de recuerdo podrá perpetuarnos la vida y esa parece ser la consigna que tal vez a manera del subconsciente persigue Enrique González cuando se impuso el objetivo de estudiar la difusión de la obra de Vives, el gran humanista español del siglo XVI, y de explicar el paulatino olvido de sus trabajos así como del proceso de recuperación de su memoria hasta nuestros días. La pregunta surge inevitable desde las primeras líneas del tratado que ahora comentamos: ¿Por qué estudiar a Vives? ¿Será para perpetuar el recuerdo, para evitar que muera la memoria de un personaje notable? El autor mismo contesta esto a lo largo del estudio, pero es en las últimas páginas en que aparece claramente la conclusión al respecto y es por que se le escatima “el lugar que le corresponde en la historia general del humanismo, tanto en razón del interés que despertó entre sus lectores, como por su difusión impresa, a todas luces excepcional” (p. 397). En su opinión, “la importancia de sus teorías del lenguaje, de su retórica, de sus debates contra la escolástica y muchos otros aspectos” han sido infravalorados. Vives ha pasado literalmente como un autor “invisible” y la explicación del olvido radica en que “la república de sus lectores no se inscribió en el nuevo marco de las literaturas nacionales ni en espacios geográficos definibles en términos de las distribuciones políticas”, lo que en gran medida se debe a que escribió en latín.

Pero, además, actualmente goza de un reconocimiento muy limitado esta figura excepcional y todo ello resume las razones aducidas por el autor para emprender este estudio que ha salido a la luz.

Enrique González estudia qué tratados escribió el humanista español, con qué éxito editorial, en qué ciudades, tiempos y lenguas. Más aún, nos ubica de manera paralela en las circunstancias históricas que hicieron posible que floreciera su obra o que fuera relegada o marginada. Por ejemplo, en su momento, la Contrarreforma obligó en los medios católicos a moderar las simpatías hacia Vives por las supuestas ligas intelectuales con Erasmo, un autor condenado después de 1559. Sin haber sido prohibido, Vives despertó frecuentes recelos entre quienes defendían la escolástica o eran poco afectos a las novedades. En cambio, su figura se recupera en España en la época de la Ilustración, hacia mediados del siglo XVIII en calidad de renovador de las disciplinas o como reformador, aunque no ocurrió lo mismo, por ejemplo, en Francia, donde fue descalificado por los enciclopedistas. En el XIX se le estima como pedagogo y en los últimos 30 años del XX, como sujeto de la crítica histórica.

Si recogemos la alusión vitalista de Saramago que mencioné líneas arriba en tanto recuperamos el recuerdo de Vives, éste vive cuando se sitúa, se lee y se comprende su obra a través del tiempo, como nos muestra claramente Enrique González. Este afán comprensivo arroja desde luego enorme luz sobre varios temas, empezando por el conocimiento de toda una época, pero particularmente la del humanismo renacentista en la época moderna y siguiendo con el del propio Vives, “uno de los triunviros que precedieron la república de las letras durante el siglo XVI” al decir de Enrique González, junto con figuras de la talla de Erasmo y Budé, pero también dice mucho del historiador Enrique González quien, como él mismo confiesa en la introducción de su libro, ha dedicado gran parte de su vida profesional a estudiar la figura de Vives, su pensamiento y legado intelectual, así como su inmensa obra, a través del recuento bibliográfico y crítico de ésta. Jean Francois Revel ha dicho, con bastante razón, que la trampa, en Historia, consiste en hablar de sí haciendo creer que se habla de otros. El autor de la obra que ahora nos ocupa ha penetrado agudamente en el humanismo del siglo XVI por que es un humanista él mismo. Al ilustrar el vasto panorama de la difusión de la obra del Valenciano, lo cual, repito, aporta elementos para valorar el medio intelectual y cultural de la producción literaria

del pasado, sobre todo en Europa y España, Enrique González nos regala ahora un libro que refleja el estado de los estudios humanísticos y de las humanidades en sí mismas de nuestro propio tiempo. Se tiende así un puente comunicante entre el ayer y el hoy en materia intelectual y cultural.

Enrique González logra su cometido que es presentar la doble perspectiva de la obra de Vives, que se traduce, en última instancia, en la doble perspectiva que tiene toda obra, la de su difusión y recepción, es decir, mide su impacto en la sociedad. Y como a través del tiempo no se da una asimilación pasiva de las ideas entre los intelectuales y el público lector en general, sino que se generan diversas interpretaciones de los principios que todo autor esboza, el estudiar esto permite, pues, reconstruir los modos culturales de la sociedad. Así, el objetivo del autor en este estudio es plantearse cómo se leyó al humanista en el ámbito de la república de las letras.

Enrique González señala que Vives fue objeto de una buena recepción en su época. Uno de los grandes aportes del humanismo fue su papel renovador en el campo de la docencia de la gramática, es decir, de las humanidades todas, como él explica (p. 167). Las múltiples ediciones de sus obras más importantes lo confirman (más de 614 hasta el día de hoy), pero luego Vives cayó en un proceso de olvido y apenas ahora —y también gracias a trabajos como éste— empieza el rescate. El humanismo español fue, como explica el autor en esta vasta obra, algo marginal, por ello también este intelectual del siglo XVI, al serlo, fue relegado u olvidado. Es curioso cómo puede observarse este mismo fenómeno posteriormente con la Ilustración, siendo tildada la española de *sui generis*, en parte por el sesgo católico y tradicionalista que nunca perdió.

La recuperación de la memoria ha sido siempre uno de los objetivos de todo historiador. Y así titula Enrique González a la segunda parte, de dos que componen su estudio. No veo la necesidad de describir aquí las partes del libro, pues en la Introducción el autor explica detalladamente cómo procedió metodológicamente y cuál fue su criterio a seguir a lo largo de la obra, pero sí hay que decir que el autor logra magistralmente llevar al lector desde los inicios de una explicación en la que trata primero de la difusión y recepción de la obra de Vives a través del tiempo, pasando por el estudio de sus escritos en los siglos posteriores para terminar con la valoración misma de la obra impresa de Vives y concluir con un balance

del estado actual de los estudios en torno a su figura. Así, González concluye que:

Mientras más se ahonda [...] en el problema de reconstruir la historia editorial de cada obra de Vives, y de todas ellas en conjunto, se cuenta con mejores condiciones para hacer frente al dilatado y complejo fenómeno dual de su difusión y recepción. Y a la inversa, mientras las piezas de ese gran rompecabezas se sigan tratando de forma aislada, sin darles su lugar como elementos de un vastísimo conjunto, la presencia de Vives en las letras de Europa y el Nuevo Mundo en el siglo XVI y en los subsecuentes seguirá siendo infravalorada.

Como siempre, Enrique González logra reunir, con minuciosa precisión, una impresionante bibliografía de sus temas de estudio y este que presenta ahora es realmente exhaustivo, consta de 90 páginas, sin ser desde luego el criterio cuantitativo lo más importante. Al decir de él "lo único que da coherencia bibliográfica a una investigación tan amplia es la unidad del autor principal". No se trata de un acervo meramente acumulativo el que ofrece Enrique González de la obra de Vives y de los tratados escritos en torno a él, puesto que previamente ha llenado de significación con su estudio previo aquella vasta unidad de producción bibliográfica. No se puede realizar una bibliografía de un autor como Vives sólo a partir de catálogos. Hacer posible la reconstrucción de lo disperso es un gran mérito del historiador. Enrique González nos regala un método de investigación con base en el ejemplo de su propia experiencia como investigador. Compilar es una labor titánica. Se trata del manejo que hace el especialista de fuentes y testimonios para lograr un todo coherente que ofrecer al presunto lector. Así, como concluye el propio autor de la enseñanza que nos obsequia al ver cómo procede en su quehacer, en el hilar fino, en el cuestionarse y comprobar, en el manejo de los testimonios, en suma, "no es el propósito construir un catálogo cerrado y definitivo, antes bien ensanchar el universo conocido de la difusión impresa de Vives y abrir la puerta al descubrimiento de nuevos datos, no sólo sobre ediciones del todo "nuevas", sino para verificar debidamente muchas noticias que de momento sólo quedan apuntadas" (p. 283). Enrique González ha hecho, como bien dice, junto con Víctor Gutiérrez, un "censo crítico" paulatinamente enriquecido a lo largo del tiempo de las ediciones de Vives. La búsqueda, compilación, análisis y ordenamiento de las

fuentes es algo que hoy y en el futuro, los lectores y especialistas en la historia del pensamiento de Vives y de la época moderna, agradeceremos. Vale hacer asimismo una mención especial a la presencia de los índices onomástico y toponímico que, como es de rigor, aparecen al final de la obra y le son de gran utilidad al interesado en estos temas.

“Entender el legado de Vives” ha sido el objetivo de Enrique González. Al lograr penetrar en él, nuestro autor ha conseguido la reconstrucción del horizonte intelectual a lo largo de cinco siglos. Otros tratadistas de Vives han sido, por mencionar a algunos, Juan Beneyto Pérez, gran estudioso del humanista durante las décadas de los años 20 a 40 del siglo XX, Francisco Alcaide Vilar, en la década de los cuarenta, así como Fermín de Urmeneta y muy recientemente Francisco Calero, dedicado a desentrañar el pensamiento de Vives en nuestro tiempo y Ángel Gómez Hortigüela y otros como Edward George, Alain Guy, Emilio Hidalgo Serna, Josef Ijsewijn, Karl Kohut, Constant Matheussen y desde luego Foster Watson. No tengo duda de que Enrique González se ha convertido en uno de los grandes especialistas del intelectual valenciano en nuestros días. Desde los años 80 empezó a publicar sobre el tema de Vives en la filosofía, sobre el humanismo, sobre sus ediciones, sobre su vida, su pensamiento y su herencia intelectual. Es digna de mención la edición príncipe llevada a cabo junto con Salvador Albiñana y Víctor Gutiérrez y hoy contamos con este espléndido estudio *Una república de lectores. Difusión y recepción de la obra de Juan Luis Vives* que corona todos esos esfuerzos de investigación de tantas décadas.

Enrique González ha hablado en su estudio de la fama y del olvido que experimentó la obra del gran pensador español en el tiempo y a lo largo y ancho de Europa. ¡Cuán efímera puede ser la existencia humana, pero cuánto también puede trascender en el tiempo el pensamiento de un individuo! Cinco siglos nos separan del humanista de Valencia y aún su obra y sus ideas permanecen vigentes. Eso se debe a estudios como el presente, que rescatan su significado histórico y les devuelven su grandeza y trascendencia. Después de leer un tratado como este, todavía nos sorprende que el autor afirme que aún queda mucho por descubrirse sobre este insigne personaje del siglo XVI al que nos podemos acercar por su obra impresa, por lo que queda de sus manuscritos y epistolario, por los juicios de sus contemporáneos y sus lectores a lo largo de los siglos.

Así, tras un estudio muy meditado por mucho tiempo, resultado de una labor profesional encomiable y digna de toda admiración por parte de sus pares, quienes sabemos lo que implican las largas horas de estudio en los archivos, nos dice Enrique González que “aún queda mucho por hacer” y que “el mejor conocimiento de las fuentes empleadas por el humanista, consecuencia necesaria de sus ediciones, permitirá estudios mejor informados en torno a su legado escrito” (p. 394). Ante el acicate que nos hace el propio autor, se me ocurre que bien puede llevarse a cabo un estudio titulado “Vives en los Países Bajos” o “Vives en México” siguiendo la exitosa pauta de Marcel Bataillon con su “Erasmus en España” y de Jefferson Rea Spell con su “Rousseau en el mundo español”. Devolver a los viejos textos su importancia en el presente tiene sentido, como bien lo muestra este importante estudio de Enrique González. Esta obra es una importante aportación al quehacer histórico. Al aproximarse con seriedad y rigor a un humanista universal, el autor impacta y contribuye a enriquecer también al humanismo mexicano contemporáneo. Además, logra transmitir el conocimiento a través de una prosa con gran pulcritud narrativa, originalidad metodológica, precisión y detalle en su cuidado. La lectura de este texto resultará en una segura recompensa para los especialistas o los interesados en el personaje y en la época que le tocó vivir, por cuanto hace falta, ciertamente, como lo señala el propio autor, seguir ahondando en las obras de Vives y llevar a cabo estudios con profundidad y rigor sobre los múltiples aspectos temáticos que la vasta obra del humanista valenciano ofrece.

Alicia MAYER

Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Nacional Autónoma de México